

GATO BLANCO

No es el gato simpático a la gente vulgar

C. Kavafis

Nada interrumpe su recreo.

El pulso de un arroyo de montaña
son sus nervios, a los que no devasta
ninguna tempestad. Memorias viles
no tiene, ni ventiscas en el cuerpo.

En sus posturas arrogantes
la sordidez de las pasiones queda escrita
en el reino del aire, que el futuro
comprende, que al futuro pertenece.

La noche lo secunda. Hoy no es el mismo
que ayer, ni se parece
al que será mañana. Solamente
la vuelta al rito en el que da comienzo
su iluminado movimiento guarda el orden
imaginario de la semejanza.

Grácil silencio, añico de blancura.

Con el amor se aviene en mi recuerdo,
con los signos deseados, con el juramento
ingenuo de ser buenos y mejores.

Antes de recogerme

observo cómo va olvidando, paseándose

por el jardín, sus huellas invisibles.

Sé que al hombre las tuyas le persiguen
para siempre. Hasta que llega la hora
en que pensarlas ya no puede.

(De *Mapas del vagabundo*)

OTOÑO

Si te pienso, otro tiempo
dormido se ilumina
en los rincones de noviembre
«Mirad, pasan los días
igual que perros tristes»,
nos dijo aquella noche
de la que no regresaría
nunca más. Tantas veces
la vimos sonreír, vestirse
con la prisa de su deseo,
abrirnos el regalo de su inteligencia
o hablarle al mar, el disfrazado,
el siempre disfrazado.
Solía irse muy lejos
al despuntar el mes
en que la savia se envanece
pulsando las raíces,
delicado furor,
delgada voz del crecimiento.
Cerca, junto al camino,
por encima de un cúmulo
de ramas y hojas secas
han pasado unos niños
que persiguen a su madre

en un juego perenne.

Debajo está mi corazón.

(De *Mapas del vagabundo*)

I.

La imagen pesa y se desploma.

Su gravedad le pone fin.

Desciende como la fatiga

y en ella repetimos

las alucinaciones del significado,

inversión del castigo de Babel.

¡La música! ¡La forma sin materia!

¡El niño que camina en esta noche impar

y al que nadie es capaz de distinguir!

Incluso si del juicio

y la memoria nos privara

Aquel, el inmisericorde arcano,

ella nos salvaría, igual que tantas veces,

igual que tantas veces mi deseo.

II.

Por el arte y su bienaventuranza

intuimos el padecimiento

del padre y de la madre, semejante

a algo así como una vibración

sonámbula o vigilia del lenguaje.

No solo ellos soportan el anhelo

que no podría tener fin:

el apetito interminable

del más joven titán,

una voracidad de conocer

acerca del supuesto

dolor leído, de lo que parece
enfermedad o pena, dónde sus charcas germinales,
ya que les pertenece, como a la piel el hueso,
y quién el responsable, para gloria del poema,
de tanta palabra heroica
que se vence en el perdón o el ruego.

Pero la historia es muda
cuando le damos expresión,
cuando la historia no existe.

Siempre, al final del día,
él los quiere lejos del sentido
que se propaga igual que un humo viejo,
les desea felices en un vergel silencioso
donde solo se pidiese el pan
o se diera las gracias, para luego callar
sobre lo que jamás se hubiera escrito.

V.

No tengo nada que decir
salvo cosas banales: que me aburren
horriblemente los cobardes,
que la arrogancia está en creer que uno tiene
el tiempo que desee
—a veces, muchas veces, veo asomar la mano muerta
de la última sombra—,
que casi todo lo exagerado es digno de sospecha,
que hay partes de mi vida, sucesos, objetos sencillos
capaces ya de recordarme
a tu vino amistoso, allí donde da comienzo
lo que nunca ha de terminar,
y que lo echo en falta más de lo que debería.
De una manera o de otra, son cosas insignificantes
las que piensa quien ha dejado de ser poeta
y en ocasiones, en los lugares donde supo
ser feliz —cuánto me gustaría poder enseñártelos,

contarte esos poquísimos milagros–,
deja caer alguna lágrima:
esta es tu noche –observa cómo brillan
por ti los cuerpos vacilantes, las luces atónitas–,
esta es tu noche, así que yo volveré a casa,
pero por el camino acompañarán mis pasos
las palabras que dan por satisfecho
el castigo de querer sobrevivir.
Les buscarás algún sentido, quizá,
aunque la belleza, el dolor, el cielo y el infierno
crecerán en nosotros mientras no sepamos
estar perdidos, y mentir con la verdad.

No cabe duda,
no tienen importancia todas estas cosas:
que podríamos ser los compañeros
que se alzan en la seña y en la voz,
inmortales en el gesto
y en la vela encendida de los cómplices
–nos miran sin quererlo quienes mueren
una y otra vez por encontrarla–.
Que en tus ojos ya cabe –son cosas banales–
toda la imaginación del mundo.